

á los insignes franciscos  
de la isla Mascareña,  
ofreciendo las tres palmas  
de su martirio á la tierra.  
Y anonadado el salvaje,  
oyó suspenso esta endecha  
de los frailes al Altísimo,  
á cuyo regazo vuelan:  
—Si de algo vale la sangre  
con que sellamos tu Enseña  
en la mansión pecadora  
donde tales cosas suenan,  
ten piedad de quien las dice  
por ignorancia ó soberbia.  
Repara en que hartó castigo  
se impuso el mortal que alienta  
sin fe, ni amor, ni esperanza,  
ángel descendido á bestia,  
que, al torcer su libertad  
ó nublar su inteligencia,  
va turbando la armonía  
con que giran las esferas.  
Y comunica tu Gracia,  
por Misericordia excelsa,  
á reyes y á muchedumbres  
para que al fin te comprendan  
como belleza del Arte,  
como Verdad de la Ciencia,  
como Bien de la Justicia,  
como Síntesis eterna,  
en que todo error acaba  
y en que toda dicha empieza.

ARDÓN DE PAZ.

## ¡RAFAEL CALVO!

El que tan maravillosamente representaba la comedia «Desde Toledo á Madrid»; el que llenó de gloria la escena española, recogiendo en la del teatro de Rojas algunos de los laureles que cñó á su inmortal corona, bien merece honrar con su retrato las planas de TOLEDO.

Aquel hombre, todo genio, inspiración, talento é hidalgüía, llenó de luto á su patria, dejándola, por otra mejor, ahora hace un año.

Nada diremos de su historia, porque otra pluma más inspirada está publicando en este periódico la mejor biografía del inmortal artista. Pero á fuer de amigo y admirador suyo; en testimonio de culto á su gloriosa memoria; para que como humilde violeta ruede hasta su tumba este pequeño recuerdo, hoy, junto á su expresiva é inteligente fisonomía, vayan estas pálidas y tristes frases, nunca tan entusiastas como la intención que las dicta.

Rafael Calvo desapareció de entre nosotros cuando, con Antonio Vico, había empezado la grandiosa obra de restaurar los gloriosos días de la escena española.

¡Descanse en paz el inmortal actor, el excelente padre, el cariñoso amigo y el cumplidísimo caballero!

J. M. O.

## ENTRE DOS LUCES

Yo había visto la Catedral en pleno día; en uno de esos días de fiesta en que el cabildo luce sus más ricas vestiduras,

el órgano lanza por la lengüetería toda la fuerza de sus pulmones monstruos, y las nubes de incienso llegan á la bóveda dejando un rastro aromoso que se pierde, como se pierde todo lo humano en las entrañas misteriosas del *No-ser*.

Admiré la inmensa mole dentro de la cual me consideraba aún más pigmeo; pero el ruido, la pompa, el continuo entrar y salir de la multitud, todo aquel aparatoso espectáculo no se avenía de buen grado con la soledad de que estaba impregnada mi alma.

Pasó algún tiempo, y una tarde, una hermosa tarde de primavera, paseaba yo



Rafael Calvo

por las calles de la ciudad, triste, solo, errabundo y pensando.... ¿en qué?, no sé. Acaso haría doloroso parangón entre el esplendor del día y la lobreguez en que estaba sumido mi espíritu.

Acerté á pasar por la Catedral: me pareció que una voz secreta me decía: «Entra; este es un puerto de refugio donde la desgovernada nave encuentra un abrigo contra el temporal; entra, que á través de esos muros no pasa el ruido mundano; ¿quieres soledad? ahí la tienes; ¿quieres paz? pues ahí tienes paz, hasta ahí no llega esa resaca que te produce espasmos; ¿odias á tu siglo? pues entra y bajarás muchos peldaños de la inmensa escalera del tiempo.» Entré.

Era ya tarde: la Catedral estaba solitaria. Los últimos rayos del sol penetraban por las miriadas de cristales de los rosetones, y proyectaban en el pavimento, en las columnas, en las filigranas de las capillas, haces de luces multicolores, tenues, vagos, indecisos, como las franjas incipientes del Iris, la mayor parte; otros arrancados al parecer de la púrpura cardenalicia.

La mortecina luz de las lámparas, esos perpetuos centinelas de la noche, pugnaba en vano por disipar la sombra que ya se extendía en los intercolumnios. Esos mil ruidos misteriosos de los grandes recintos; esas vaguedades inexplicables; ese algo que parece que vive y late llevando al espíritu un mundo de gigantescoas concepciones; esa retrospección que se impone al contemplar la obra colosal de otras generaciones; el aislamiento que en nosotros produce el recuerdo indeleble que nos legó otro siglo; el inefable bienestar que siente el alma cuando se identifica con las grandes creaciones del genio, llegaba hasta mí como llegan á la mente esos rosados recuerdos que viven en nosotros algunos minutos y que al dejarnos se llevan el suspiro doloroso ó la excéptica sonrisa.

Es de todo punto imposible explicar lo que yo sentí ante aquella severidad en la forma, aquella corrección de líneas, aquella elegancia en las curvas, elementos todos que se reunen, se combinan para formar la joya arquitectónica cuya grandeza me subyugaba.

Notable es en verdad la hermosa antítesis que se presenta entre la estructura general de las naves del templo y algunas de sus capillas laterales. Mirase en las primeras la robustez, la mole; en las otras la delicada filigrana; allí lo macizo, lo resistente; aquí lo aéreo, lo esbelto; aquí el vértice, la arista, el gráfico bordado; allí la redondez, la

anchura, la obra del titán. Hermoso contraste que se asemeja al que forman la bien templada toledana hoja que ha de resistir en las rudezas de la lucha, y los delicados caprichos que el cincel graba en su brillante periferia.

No sé cuanto tiempo permanecí en aquel éxtasis indescriptible. Las sombras cada vez más densas lo invadían todo: allá en el extremo de la nave, sólo algunos puntos blancos se destacaban en el fondo obscuro, y su luz procedente de alguna capilla, era tan tenue cual si pasara á través de un cristal deslustrado. Todo se confundía de una manera vaga, hasta tal punto, que la visual ya no podía determinar el número de las columnas, ni el límite del perímetro.

Llegó un momento en que no pensé en nada: al fatigoso trabajar de la imaginación durante un buen rato, había sucedido esa inercia del pensamiento que es al espíritu lo que el sopor al cuerpo. Las vibrantes campanadas del reloj repercutiendo por la cripta llegaron hasta mí para sacarme de la abstracción suprema en que estaba sumido.